

ARTE, VIDA Y HUMOR EN LA OBRA DE GONZALEZ VERA

Valga como justificación de estas líneas una frase que, haciéndome honor actual, repite con cariño desde hace tiempo Mariano Latorre, en presencia de amigos comunes, cuando nos encontramos fortuitamente en alguna esquina callejera. Dice el novelista, a modo de esquemática y paradójica presentación, señalándome con la mirada: Este es el joven español que considera a González Vera como el mejor escritor chileno. De inmediato, luego de agradecerle el piropo y parapetado en para mí tan grata afirmación, comienzo a enristrar entusiásticos razonamientos. La polémica arde cuando repito, con vehemente contumacia, que la literatura hispanoamericana es verde rama de la española y que, aceptada esta premisa, es González Vera el escritor chileno de más alcurnia. Al llegar al punto crítico de la cuestión, luego de escuchar la eterna cantinela de que González Vera ha escrito muy poco, el encono sube de punto cuando espeto la teoría de que el hombre tema de nuestra lid estimativa, es el único que en el continente de habla española domina la difícilísima técnica de la biografía y el único también, incluyendo las dos ramas del tronco castellano, que puede considerarse como verdadero humorista.

La actualidad del Premio Nacional, sorprendentemente acertado y merecido, me mueve ahora a ordenar un tanto aquellas ideas, completando así la intención en el resumen de estas notas.

Prudente me parece comenzarlas rectificando el obstinado latiguillo de que González Vera ha escrito poco. Ciertamente es que su obra aparece como la menos abundante en la moderna literatura chilena. Pero no es menos cierto que otros escritores (Alberto Edwards, Federico Gana, ayer; Marta Brunet, Manuel Rojas, hoy) no han llenado gruesos volúmenes y sus nombres se respetan con veneración. Por otra parte, es a todas luces falso constreñirse, como lo han hecho casi todos los panegiristas de última hora y, por supuesto, los incalificados detractores, a sus dos libritos "Vidas Mínimas" y "Alhué", el último de los cuales bastaría para nimbarlo de la aureola que en justicia le corresponde. González Vera ha escrito un libro de memorias, "Cuando era muchacho", que completa 300 páginas, algunas de las cuales han sido publicadas en "Babel" (1). Escogidos "Ensayos" figuran asimismo en

(*) Leopoldo Castedo, cursó sus estudios de Filosofía y Letras, en la Universidad de Madrid. Nacionalizado chileno, ha dirigido la revista "Antártica" y desempeñado durante varios años el cargo de Jefe de Publicaciones de la ex Dirección General de Informaciones y Cultura. Colabora actualmente con los Servicios de Difusión Cultural de la Universidad de Chile. En 1949 fué invitado a dar conferencias por las Universidades de Belo Horizonte y Río de Janeiro. Colabora periódicamente en el Suplemento Dominical de "La Nación", de Buenos Aires.

(1) Estudiantes del año 20, (N.o 28). — Mis relaciones con la religión, (N.o 35). — En el Club de Septiembre, (N.o 37). — Aprendiz de barbero, (N.o 39). — Cuando era muchacho, (N.o 40). — Vuelapoco

las páginas de esta revista (2), a la vez que cinco cuentos magistrales, muestras de una faceta singular en el creador que rompe su uniforme trayectoria de memorialista (3). Cruz del Sur prepara la estampa de "Eutrapelia, honesta recreación" y sus "Normas para heterodojos" esperan editor, capítulo éste de sus relaciones con los editores que bien vale un oportuno punto y aparte. Por último, y a modo de postre en tan sistemática producción literaria, están los dos tomos de biografías que, como antes hemos señalado, lo califican en esta especialidad como figura continental.

* * *

De su obra impresa la que, a nuestro juicio, tiene menos valor es precisamente la más citada y ensalzada en estos días. "Vidas mínimas" (4) reúne dos novelas cortas que describen, con prolijidad meticulosa, la vida miserable de los desposeídos. La primera, "El conventillo", urde una trama sincera, no exenta de angustia, en que lo humano, lo personal, está anegado en un medio sórdido, deprimente. En su mismo contenido está implícita la enjundia de su defensa, porque si lo que pretendió el escritor fué retratar un medio de que él no participaba, el éxito es completo. Tal vez el ácrata puro escribió su primera obra embebido en las esencias de un nihilismo militante a la moda. Lo descriptivo, la pintura de caracteres, es ya

magistral, así como en la segunda novela corta "Una Mujer", que se lleva a Valparaíso, no para decorar un nuevo ambiente (pues no lo fotografía meticuloso como el pueblecito de Alhué) sino para completar la sórdida imagen anterior con un vaho de crimen crudamente vivido. La circunstancia, esa poderosa palanca que Ortega y Gasset hace eje del mundo, premió al parecer a "Vidas Mínimas" con una aceptación general muy propicia al clima del año 20 chileno. Sus posteriores relatos del asalto a la Federación de Estudiantes, sin conocer por nuestra parte la intensidad del momento, nos parecen mucho más directos, más definidores y concluyentes.

Con sabroso sentido autocrítico, el propio escritor ha estampado su leal opinión frente a "Vidas Mínimas". Después de la concienzuda destrucción de la imprenta "Númen", fueron a parar a la Corte de Apelaciones, como pieza de convicción en el proceso que se instruía a los subversivos, los originales de sus dos novelas cortas. "Esta obrita —dice González Vera en "Estudiantes del año 20" (1) que di por perdida, se fué agrandando en mi imaginación. Sobre todo cuando me fui al sur no podía librarme de su recuerdo. Cada día me parecía mejor. Llegué a reputarla tan o casi tan buena como la "Divina Comedia". Cuando años más tarde la recuperé y leí ansiosamente, fuera de darme con mi propio puño una bofetada en el pecho, me estuve injuriando varios días".

Con todo, "Vidas Mínimas", escrito de los 20 o pocos más años, a fuer de primicia, señaló el rumbo al escritor y, dicho sea en su más cálido elogio, resultó promesa, a la postre, realizada. ¡Qué excepcional coyuntura ésta! Entre sus amis-

y otros, (N.o 42). — Patancha y el vegetariano, (N.o 43). — Maruri esquina de Cruz, (N.o 45). — En el liceo, (N.o 46). — Las sastrerías, (N.o 47). — Los anarquistas, (N.o 49). — Casa de remates, (N.o 52). — Cronista de Diario, (N. 54).

- (2) La voz en el desierto, (N.o 17). — Buenos Aires, ida y vuelta, (N.o 20). — Escala mística, (N.o 23). — Los buscadores de Dios, (N.o 24). — Marginales, (N.o 50).
 (3) La incógnita, (N.o 22). — El terremoto (N.o 27). — Certificado de supervivencia, (N.o 25). — La copia, (N.o 33). — Extraño expropiador, (N.o 30).
 (4) Primera ed. Cosmos, con un excelente prólogo de Alone. Santiago, 1923. — Ed. Ercilla, prepara aceleradamente la tercera edición.

(1) Babel, N.o 28, pp. 34-44.

tades de entonces, que hoy nos aparecen legendariamente hermosas en su pluma, debió provocar como señala con acierto Ricardo Latchar, un movimiento de admiración semejante al que despertara en Francia Alain Fournier con su inmensurable "Le Grand Meaulnes", prodigio también de rara calidad y de anómala aparición.

El argumento fundamental de nuestra sincera objeción a "Vidas Mínimas" no va, por cierto, contra el ya acrisolado estilo de González Vera, sino contra la circunstancia, precisamente, y contra el desplazamiento postizo que el autor vive dentro de su obra. El está artificialmente en el conventillo. Siente una profunda simpatía por el pescadero borracho y por el misterioso avaro de cachivaches; pero, como decimos en España, él "ve los toros desde la barrera", hay un imperceptible "nolli me tangere" en su actitud. Por mucho que se afane en rescatar la sordidez de sus propias meditaciones, el aburrimiento no es sino la fiel expresión de su inadecuada presencia allí.

Por contraste, y en buena hora, la misma posición refleja dos de los fundamentales aspectos de su personalidad: el pulimiento espontáneo, químicamente puro, de su espíritu, y la diatriba justísima contra la intolerable desigualdad social que estigmatiza a su pueblo.

Hay, además, en "Vidas Mínimas", sabiamente intercaladas en el "leit motif" del tedio, relatos dinámicos, interpolaciones oportunísimas, secretos maravillosos que todos intuimos y que sólo el gran escritor es capaz de descubrir. Sirva de ostensible ejemplo esa versión erótica de la cueca (1). ¡Con qué breves trazos, con cuánta concisión resume el verdadero intrínquilis, sin acomodados ni contemplaciones, de la sollicitación libidinosa correspondida...

Apuntan en "Vidas Mínimas", entre las innumerables erratas de las primeras ediciones, algunos descuidos (¿serán intencionados?) que no aparecen en la obra posterior (2). A las altas jerarquías es dable exigir más y más. Este señalamiento de pequeñas libertades (abundantes en un Baroja) no cabe en Alhué o en los relatos de Babel.

* * *

En el tono memorialístico que sella casi toda la obra de González Vera es, sin duda, "Alhué" la mejor muestra de su categoría. Por su purísima sencillez, cabría comparar estas "Estampas" con la preciosa autobiografía de la infancia de Albert Schweitzer (3). Ambas comienzan casi exactamente igual. Ambas desarrollan la misma inteligente demostración, sin erudiciones psicológicas, de nuestra común amnesia sobre los primeros años. Nos consta que González Vera no conoce tales memorias infantiles de Schweitzer. Las hemos traído aquí a colación, como anticipo de ulteriores notas, con el propósito de indicar cierto parentesco espiritual, transcendido en el estilo, del filántropo y del escritor. Los dos llegan, desde muy lejanos mundos y por muy diferentes caminos, al humor por la bondad. Uno, por mística renunciación; otro, por revolucionario altruismo.

Entronca "Alhué", por otro conducto, con "Un pueblecito" de Azorín. Dejemos para más adelante el juicio crítico comparativo, tentador e ineludible, entre Martínez Ruiz y González Vera, para ceñirnos a las concomitancias y divergencias entre el pueblecito castellano y la aldea chilena. En el de Azorín, la idea central gravita en

(1) Ed. Cosmos, pp. 36-37.

(2) p. e. la palabra "brillo", se repite en el espacio de dos líneas, p. 36, ed. Cosmos.

(3) "Souvenirs de mon enfance.— París, 1922.

torno al tiempo que se va, a la transmutación y metamorfosis de los hombres por culpa del progreso. En la de González Vera la idea básica es la del anquilosamiento social, la vegetación humana, la rutina y, otra vez como en "Vidas Mínimas", el tedio. Pero ¡ahora laborado con qué primorosa perfección! Ortega definió el estilo de Azorín como "primores de lo vulgar". Al de González Vera calzaría mejor el de "primores de lo cotidiano" que no es, por cierto, lo mismo.

* * *

"Alhué" recoge y mantiene la trayectoria definida del autor y nos pinta el tedio del pueblecito en un breve capítulo, "Perspectiva": "En Alhué nadie tenía idea del porvenir. Los días no traían angustias, pero tampoco eran portadores de mensajes alegres. Llegaban y se extinguían sin ningún suceso. Y los meses, por su índole más abstracta y arbitraria, se hubiese creído que transcurrían de noche.

"Frecuentemente, cuando un sujeto necesitaba escribir alguna carta, podía oírse esta pregunta:

"—¿Todavía estamos en tal año?"

"La existencia era tediosa. Los muchachos, después de prolongada infancia, convertíanse en hombres y un día cualquiera ya eran viejos. Los viejos, ya lo eran veinte años atrás, y aunque fuese evolucionando el color de sus barbas, seguían tomando el sol y presenciando el nacimiento de otros y otros".

Los tipos ¡qué tipos! animan sin cesar una escena de permanentes contrastes que sirven al escritor para bucear el drama allí donde no pasa nada. Ese don Nazario, gigante narigudo, "serio, perezoso, monosilábico", está definido con los tres adjetivos. No necesita más. Cuando interviene, con su muda presencia, en la para él envidiable verborrea de dos peones

que juegan con su breve vocabulario, la desgarrada figura entra siempre en escena como un antiguo conocido, llevando la elocuencia en "sus manos de larguísima dedos".

Confundido entre anodinos personajes está el padre. Su talla se eleva sobre el triste medio sin necesidad de ditirambos ni compromisos. El enigma de su presencia en Alhué aureola aún más el carácter. Y la confesión del escritor, que se siente pigmeo en su presencia, completa el perfil y lo justifica. La manera de percatarse de él llega, también, con la lógica del único camino posible: —"Mi padre —dice— comenzó a existir de improviso. Un día le vi junto a la casa montado en hermoso caballo. Nunca supe si era buen jinete; pero en ese instante, su actitud impresionaba. Sentíase alegre, seguro de sí mismo. Parecía un caballero de estampa...

"Durante muchos años debí parecerle algo así como un arbusto. Me miraba de modo particularísimo y no me nombraba jamás..."

No parece, en ningún momento, deliberada la intención simbólica en el trazo de los personajes. Aliste, el sepulturero, que "era más viejo que muchos", es una escultura. Fiel a su oficio, destila filosofía con lógica evidente: "¡Qué barba más notable tiene usted! — solían decirle los afuerinos.

—Sí... Así es, —respondía—. Si Dios le da a uno pelos, no es seguramente para raspárselos". Y apostilla el autor: "Este diálogo, igual siempre, venía repitiéndose desde la guerra del Perú". Aliste no es el sepulturero de Gorki, aunque también bebe. Lo separa del morbo un primitivismo natural, mucho más sincero, que cristaliza en su tierna amistad con el vapuleado e incomprendido asno del Municipio. Qué exquisitos diálogos los de Aliste, vuelto a

la conciencia en plena borrachera, gracias al contacto del húmedo belfo, caminando hacia la explanada del cementerio, común refugio, abrazado a la blanda muleta del cuello del animal.

Loreto exuda más tradición y convencionalismo. Sus brujerías piadosas, los mejunjes y panaceas, enmarcan a maravilla una necrofilia muy de beata provinciana. Loreto amaba las enfermedades. "Gracias a una tía, que se fué a vivir con nosotros, y que padecía el más agudo de los reumatismos, Loreto nos honró con su simpatía desde el primer momento. Nos consideraba bonísimos y casi, casi, afortunados. En el curso de un mes, por las continuas atenciones que le prodigaba a nuestra tía, ésta parecía objetivamente más tía suya que nuestra. La buena Loreto, que en el pueblo tenía cierto vago prestigio de santa, ensayó en las piernas de nuestra tía las más excelentes yerbas del contorno. A veces las ensayaba en forma de emplasto; pero los dolores no cesaban ni se atenuaban. Entonces iba a su farmacia de frascos verdosos y volvía con una toma y se la ofrecía siempre en los mismos y cariñosos términos:

—Me dice el corazón que le hará bien.

Mi tía murió a los dos años completamente vegetalizada".

El colofón de "Alhué" es el complemento descriptivo que justifica histórica y prácticamente los nombres de las calles y el encuadre en la de "Pescadores" de las últimas pinceladas dramáticas. "Ismael no era enfermizo (anotemos la deliciosa anormalidad de su caso) y cuando solía reír mostraba una dentadura sana, blanquísima, una de esas dentaduras que en la ciudad obligan a la risa constante; pero no era su fuerte la alegría".

Ismael trabaja mucho. Trabaja para su mujer y para la viuda, "la más saludable

viuda que hayan visto mis ojos. Si su casa hubiese tenido un frontispicio de mediana nobleza, justo habría sido grabar en él este elogio de su dueña: "Tiene un firme tesoro debajo del vestido".

Los delirios alcohólicos de Ismael (con qué seráfico designio está escogido el nombre) se esfuman en la incendiaria manía de hacer una pira con las ropas de su mujer. Ansioso de sincerarse justifica ante el extrañado muchacho la razón de su conducta: "Un día, Ismael, me hizo entrar en su cuarto. Estuvo quejándose de su suerte. Después, indicando la pared, me preguntó:

—¿No siente algo?

Escuché.

De la pared se desprendía un ruido leve, acompasado, comparable sólo al tic-tac del reloj. —Pues bien —agregó— es el reloj de la pobreza. Cuando se oye en una casa, los que en ella viven, están como maldecidos. Van siempre para abajo".

Así termina esta obra maestra. Con la nota monocorde de la iniquidad social. González Vera sabe que él, impenitente individualista, nada puede hacer solo para remediar las dolencias de la estúpida sociedad en que vivimos. Pero alza su voz, sensata y perforante, para que no haya dudas en la actitud, para mantener siempre la protesta en vilo. El tiene también su bandera: la más limpia y honrada bandera que existe.

L. C.

NOTA.—El presente trabajo será completado en el próximo número de "Occidente", según el siguiente sumario: Análisis del estilo en González Vera. Sus entronques con la Generación del 98, González Vera y Azorín. El ideario: religión, sociedad, política. La vida multiforme. El biógrafo. La polémica en torno al premio: lo que ocurrió en Buenos Aires hace 20 años. El primer humorista hispanoamericano.